

La cartera del cretino

Kurt Vonnegut



«Kurt Vonnegut
es un genio
inmenso.

Vonnegut está
considerado
el más grande
escritor satírico
norteamericano
después de
Mark Twain».

Rodrigo Fresán

Traducción
Ramón de España



Disponibile para los lectores por primera vez, La cartera del cretino es una colección de siete piezas nunca antes publicadas de Kurt Vonnegut, uno de los más grandes escritores del siglo xx. Sardónicos e inquietantes, estos seis relatos de ficción, y un pequeño ensayo, son la esencia de Vonnegut, con una sátira penetrante y un ojo infalible para la intrascendencia obscena de la vida. Estas historias trazan las vidas humanas y los deseos mundanos, que es precisamente donde la perspectiva inimitable de Vonnegut brilla con fuerza, iluminando su actitud esperanzada y, al mismo tiempo, enormemente triste. Aquí, como en sus mejores novelas, la escritura de Vonnegut nos lleva a los rincones más oscuros del alma humana y, con ingenio y humor, se las arregla para recordarnos nuestro potencial para ser algo más grande. El mejor y el último Vonnegut.

Episodio uno

Entre tibio y Tombuctú

Un joven pintor, cuya esposa había fallecido en un accidente automovilístico dos semanas atrás, se encontraba de pie ante las puertas abiertas de su estudio en una casa silenciosa. Tenía los pies muy separados, como si se dispusiera a atacar a alguien, y el gesto de frustración de su rostro contradecía la apacible escena que tenía ante sí. Una loma verde, chispeada con resplandecientes hojas caídas de los arces, se deslizaba hacia un estanque que bordeaba la presa de rocas que él mismo había construido en primavera. Un anciano encorvado y de ojos brillantes, su vecino el granjero, recorría arriba y abajo el espigón de madera que se internaba en el estanque, arrojando al agua un cebo rojiblanco una y otra vez.

El pintor, David Harnden, sostenía en sus manos un pequeño diccionario y, bajo la frágil calidez de la luz del veranillo de San Martín, leía y releía la definición de la palabra situada entre *tibio* y *Tombuctú*: «la idea general, relación o hecho de una existencia continua o sucesiva».

De manera impaciente, David cerró de un golpe el libro entre sus largos dedos. La palabra era *tiempo*. Anhelaba entender el tiempo, desafiarlo, derrotarlo —ir hacia atrás, no hacia adelante—, volver a los momentos vividos junto a su esposa, Jeanette, esos instantes que el tiempo había barrido.

El carrete de pesca del viejo granjero cantaba. David levantó la vista a tiempo de ver cómo el brillante cebo im-

pactaba contra el agua, se hundía e iniciaba su retorcido regreso hacia el espigón. Ahora colgaba en el aire, a escasos centímetros de la punta de la caña. Sus últimas ondas en la superficie del agua se disipaban al límite del estanque. Otro instante que se desvanecía... Que se iba, se estaba yendo, ya se había ido. *Tiempo.*

A David se le abrieron más los ojos. Sabía que su fascinación por el tiempo rayaba la insania y era poco más que una reacción a la tragedia. Pero en momentos más calmados experimentaba una firme y creciente convicción de que su deseo de viajar a un pasado más feliz podía ser algo de lo más razonable. En cierta ocasión, un amigo científico le había comentado, con unos whiskys encima, que cualquier avance técnico que pasara por la mente humana se convertiría algún día en realidad gracias a la ciencia. Era concebible que el hombre pudiera viajar a otros planetas, así que eso acabaría sucediendo. Era concebible fabricar una máquina más inteligente que el ser humano, así que acabaría fabricandose. Era concebible que David pudiese volver junto a Jeanette. Cerró los ojos. Era inconcebible la idea de no volver a verla...

Contempló al granjero mientras éste recogía el sedal para volver a lanzar el cebo. El espigón crujió. «Aléjese del extremo», le gritó David. Llevaba tiempo pensando en arreglar dos de los pilares, que estaban verdosos y astillados. El viejo no dio señales de haberle oído. David no estaba de humor para preocuparse por él. Al carajo con el pantalán: aguantaría. Regresó a su mundo interior.

Se tumbó cuan largo era en un sofá del estudio, dejó caer el diccionario al suelo y se perdió en una fantasía poblada por visitantes de otro mundo. Imaginaba seres infinitamente más sabios que los humanos, con más sentidos que los cinco habituales en el hombre; seres que podían hablarle del tiempo. Pensaba en visitantes del espacio que aportaban una comprensión del tiempo como algo que parecía sobrepasar los límites de la mente humana... De lar-

go. Puede que hubiese en el universo ciertas formas de vida —los que iban en platillos volantes, pongamos por caso— que podían deambular a su antojo por el tiempo. Y seguro que se reían de los terrícolas, para quienes el tiempo era una calle unidireccional cuyo final se apreciaba a simple vista.

Si pudiera, ¿hacia dónde viajaría en el tiempo? David se incorporó y se mesó el cabello corto y negro. «Hacia Jeanette», dijo en voz alta... Hacia las imágenes, los sonidos, los aromas y las sensaciones de cierta tarde de mayo. El paso del tiempo había oscurecido, aplanado y enfriado esa preciosa visión. Podía recordar lo vital, lo feliz y lo perfecta que había sido esa tarde. Pero ya no podía verla con claridad...

Vagamente, mientras se le rompía el corazón, podía verse a sí mismo junto a la hermosa y radiante Jeanette tal como habían sido ese día. ¿El momento perfecto? Eran infinitos, y todos igualmente adorables. Casados hacía dos semanas, habían llegado a esta casa aquel día... Habían explorado alegremente cada cuarto, alabando la verde y suave tranquilidad que enmarcaba cada ventana... Se habían apoyado en el dique de rocas, habían chapoteado con los pies descalzos en el estanque y se habían besado... Se habían tumbado sobre la hierba fresca de la loma... Jeanette, Jeanette, Jeanette...

La imagen se vio alterada por un grito. «¡Socorro! ¡Ayuda!».

David se puso en pie de un salto. Los dos pilares del extremo del pantalán se habían quebrado de arriba abajo, extendidos en toda su longitud. Las planchas de madera más cercanas al agua colgaban absurdamente entre ellos cual trampilla abierta de un cadalso. El viejo granjero había desaparecido. Nada se movía en la superficie.

David echó a correr ladera abajo, quitándose la ropa por el camino, y se arrojó a un agua tan fría que dolía. Al fondo, bajo el espigón roto, empezó a quedarse sin fuerzas. Tenía ante él al granjero, hecho una bola, sin moverse

como no fuese gracias a la corriente. David salió a la superficie, se llenó de aire los pulmones y volvió a sumergirse. Se hizo con un tirante del mono de trabajo que llevaba puesto el viejo y tiró de esa masa pasiva en que se había convertido. Ni pelea, ni resistencia ni el abrazo de la muerte.

David consiguió arrastrar el cuerpo hasta la loma. Perdió la cuenta de las veces que intentó desalojar a la muerte de los pulmones del granjero. Arriba, abajo, apretar, soltar... Arriba, abajo, apretar, soltar... ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le gritó a aquel chaval que vio en la carretera que fuese a buscar a un médico? *Arriba, abajo...* Ni el menor atisbo de vida en ese rostro pálido con la boca abierta. A David le dolían los brazos y los hombros: ya no podía convertir las manos en puños. El tiempo había vuelto a ganar, le había arrebatado otro ser humano a la gente que lo quería. De repente, David tomó conciencia de que llevaba todo el rato hablando en voz alta, airado... Que no se estaba comportando con la severa preocupación de quien intenta salvar una vida, sino con la rabia de un matón. No sentía ninguna emoción hacia el hombre que tenía bajo las manos; lo único que sentía era odio hacia su mutuo torturador: el tiempo.

Los neumáticos sisearon sobre la espesa grava del camino de arriba. Un hombre bajito y obeso trotó ladera abajo, agitando compulsivamente un maletín negro. David asintió preocupado. El maduro doctor Boyle, único galeno del pueblo, asintió a su vez mientras luchaba por recuperar el aliento.

—¿Señales de vida? —boqueó el doctor.

Había abierto el maletín y sostenía al sol una jeringa hipodérmica de larga aguja. Apretó el émbolo hasta que apareció una gotita en la punta de la aguja.

—Está muerto, doctor... Más muerto, imposible —declaró David—. Hace treinta minutos pensaba en el róbalo que se iba a tomar para cenar. Y ahora ya no está. Treinta

minutos, todos ellos en la misma dirección, lo han dejado atrás.

El doctor Boyle le observó con leve estupor y luego se encogió de hombros.

—Le sorprendería ver lo difícil que es acabar con algunos de estos carcamales —dijo, casi con alegría.

David y él le dieron la vuelta al granjero. Yendo al grano, el doctor Boyle le clavó la larga aguja en el corazón al ahogado.

—Si le queda el más mínimo resuello, lo dejaremos como nuevo. Tal vez —volvió a poner el cuerpo sobre el estómago—. Bueno, ya ha descansado usted. Vuelta al trabajo, muchacho.

Mientras el doctor Boyle frotaba las extremidades del hombre y David le practicaba la respiración artificial, un atisbo de color rosáceo se asomó a esas mejillas de cera. Tras un regüeldo y un suspiro, el viejo volvió a respirar.

—Ha vuelto de entre los muertos —susurró David, pasmado.

—Si le gusta ponerse melodramático, supongo que sí, que lo hemos rescatado de entre los muertos —dijo el doctor Boyle mientras encendía un cigarrillo sin apartar la vista del rostro del ahogado.

—¿Lo hemos hecho o no?

—Todo es una cuestión de terminología —dijo Boyle, dando muestras evidentes de lo mucho que le aburría el tema—. Los ahogados, los electrocutados y los asfixiados suelen ser personas en muy buen estado: buenos pulmones, buen corazón, riñones, hígado, todo en perfecto estado de revista. Lo único que les pasa es que están muertos. Si los pillas a tiempo, a veces puedes hacer algo al respecto —le puso otra inyección al granjero, esta vez en el brazo—. Pues sí, adiós a la muerte y hola a unos años más de pesca.

—¿Cómo será estar muerto? —preguntó David—. Igual nos lo puede contar.

—No seamos morbosos —dijo el médico en tono ausente. Y luego frunció el ceño—. ¿Qué hace un jovencuelo como usted dándole vueltas a la muerte? Si a usted le quedan sus buenos sesenta años —se ruborizó y le puso la mano a David en el hombro—. Lo siento... Me olvidé.

—¿Qué nos contará? —insistió David, insensible al deslíz del médico.

Éste le observó con curiosidad.

—¿En qué consiste estar muerto? Pues en eso: en morir. En eso consiste —le aplicó el estetoscopio al viejo en el corazón, que volvía a latir—. ¿Qué nos puede contar nuestro amigo? —meneó la cabeza—. Pues nos dirá lo de costumbre. Seguro que lo ha leído cien veces en los periódicos. Los resucitados no recuerdan nada, así que el noventa por ciento dice lo habitual para hacerse el interesante —chascó los dedos—. Y se trata de una chorrada. ¿Sabe a qué frase me refiero?

—No. Hasta ahora no me había interesado ese tema.

El doctor Boyle sacó los restos de un lápiz y una hoja de papel del bolsillo del chaleco. Garabateó una frase en el papel y se lo pasó a David:

—Ahí la tiene. No la lea hasta que nuestro protegido se recupere lo suficiente como para poder hablar. Le apuesto cinco dólares a que dirá lo que acabo de escribir.

David dobló el papel y se lo quedó en la palma de la mano. Juntos transportaron al granjero hasta la casa.

II

David y el doctor Boyle tomaron asiento en el sofá situado frente a la chimenea. David había encendido un fuego. Era de noche y ambos habían estado bebiendo. Desde el dormitorio adyacente al salón llegaban los suaves ronquidos del viejo granjero, que ahora dormía exhausto, envuelto en

mantas. No había espacio para él en el hospital de diez camas del médico.

—Si hubiese aceptado mi apuesta, ahora yo tendría cinco dólares más —dijo Boyle con jovialidad.

David asintió. Aún tenía la hoja de papel en la que el médico había apuntado las palabras que esperaba oír del granjero. Cuando éste recuperó las fuerzas suficientes para hablar, cosa de una hora atrás, había repetido esas palabras de manera prácticamente exacta: *Mi vida entera ha desfilado ante mí.*

—¿Se le ocurre algo más banal? —dijo el doctor Boyle mientras se rellenaba el vaso.

—¿Y cómo sabe usted que no es cierto?

Boyle, condescendiente, suspiró:

—¿De verdad cree que un hombre inteligente como usted necesita que alguien se lo explique? —alzó las cejas—. Si *de verdad* le pasó la vida ante los ojos, fue su cerebro el que la vio. Eso es con lo que todos vemos. Si el corazón deja de latir, el cerebro se queda sin recibir sangre. Y no puede funcionar sin sangre. Ni el cerebro. Por consiguiente, no podría ver desfilarse su vida ante él. QED, *quod erat demonstrandum*, como decían en Roma y en tus clases de geometría del instituto: lo que debía ser demostrado, se demuestra —se puso de pie—. ¿Y si voy a por un poco más de hielo?

Se fue hasta la cocina, en la parte trasera de la casa, canturreando y sin tambalearse lo más mínimo.

David se levantó y se estiró, tomando conciencia del calor que emitían los troncos ardientes, de que tenía el estómago vacío y de que la rápida sucesión de cócteles había conseguido emborracharlo a conciencia. Se sentía animado, no extremadamente feliz, pero perspicaz. Tenía la vaga impresión de estar a punto de jugársela al tiempo, de estar a un tris de superarlo, de disponerse a viajar a su antojo por el pasado.

Ahora, sin acabar de entender muy bien por qué, se encontraba en el dormitorio a oscuras, agarrando del hombro al viejo granjero.

—¡Despierte! —le dijo con urgencia—. Venga, que tengo que hablar con usted.

Trataba al granjero con dureza, irritado ante el hecho de que éste siguiese durmiendo. Sin saber muy bien por qué, era de una importancia suprema hablar de inmediato con ese hombre.

—¡Despierte! ¿Me oye?

El granjero se movió y se lo quedó mirando con unos ojos rojos y asustados.

—¿Qué vio cuando estaba muerto? —le preguntó David.

El granjero se lamió los labios y parpadeó.

—Mi vida entera... —empezó.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es conocer los detalles. ¿Vio personas y lugares que había olvidado por completo?

El granjero cerró los ojos y, frunciendo el ceño, se concentró.

—Estoy tremendamente cansado. No puedo pensar —se frotó las sienes—. Iba todo muy rápido, como una película proyectada a gran velocidad, diría yo... Eran como fogonazos de los viejos tiempos.

—¿Consiguió ver algo con claridad? —le preguntó David, cada vez más tenso.

—Por favor, ¿puedo seguir durmiendo?

—En cuanto me conteste. ¿Puede describir algo de manera detallada?

El granjero volvió a lamerse los labios.

—Mi madre y mi padre... A esos los vi muy bien —dijo con la voz espesa—. Parecían muy jóvenes, casi una pareja de críos. Acababan de volver de la feria de Chicago, me habían traído recuerdos y no paraban de hablar de un tren eléctrico que recorría todo el terreno... —la voz se le iba apagando.

—¿Y qué le dijeron? —David le tiró nuevamente del hombro.

—Mi padre dijo que se había gastado menos de lo previsto —la voz se había convertido en un susurro. David tuvo que inclinarse sobre la cama para poder oír algo—. Dijo que le había sobrado mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Dijo que le quedaban cincuenta y siete pavos —al granjero le dio un ataque de tos que le obligó a incorporarse.

—¿Y qué más le dijo? —inquirió David, muy excitado, cuando la tos se interrumpió.

El granjero levantó la vista con miedo en los ojos.

—Dijo que le sobraban tres dólares para un nuevo horno de la marca Thermo King —se desplomó sobre las almohadas, con los ojos cerrados.

—¡Dave! ¡Salga de ahí! —le dijo el doctor Boyle con decisión. Su cuerpo redondo era un silueta beligerante en la puerta del dormitorio—. Todavía le falta mucho para recuperarse. ¿Acaso se lo quiere cargar?

Agarró a David por la solapa y lo sacó a empellones del cuarto.

David no se resistió, pues apenas era consciente de lo que le estaba pasando. No dijo nada y dejó sin tocar la copa que Boyle le había preparado. Se estiró en el sofá, escribió con sumo esfuerzo el número cincuenta y siete bajo la anotación en el papel y se quedó dormido... Para soñar con Jeanette.

III

—Lo siento, el doctor no atiende los miércoles por la tarde —dijo la enfermera de cabello blanco, arreglándose el uniforme por encima de sus huesudas caderas.

—Es una visita personal. Somos amigos. Tengo algo muy importante que mostrarle —dijo David, con la lengua fuera—. ¿Dónde está?... ¿En su estudio?

La enfermera parecía dudosa, pero pulsó el intercomunicador que tenía sobre la mesa.

—¿Doctor Boyle? Aquí hay un joven que dice que tiene algo importante que enseñarle. Dice que es amigo suyo. ¿Cómo se llamaba usted, joven? —lo contempló con suma atención, como si temiera que le fuese a robar la pluma con capuchón dorado y salir corriendo.

—David Harnden —se dio cuenta, por la manera en que ella le miraba, de que debía ofrecer un aspecto infame. Hacía ya una semana, desde que había salvado al granjero ahogado, que no se afeitaba ni se lavaba, como no fuese para refrescarse la cabeza de vez en cuando con un trapo mojado. Había fracasado a la hora de estirarse el traje, que le cubría de arrugas todo el cuerpo. Los bajos del pantalón estaban salpicados de barro. Esa misma mañana, había atravesado una tormenta de lluvia metido en ese traje, en dirección a la biblioteca del pueblo, pasando por la verde y húmeda loma que había recorrido con Jeanette menos de seis meses atrás.

—El doctor Boyle está ocupado —dijo la enfermera—. Lo siento —añadió, aunque era evidente que no lo sentía en absoluto.

David se inclinó sobre el intercomunicador y le dio al botón:

—Escúcheme, Boyle. Esta vez tengo algo grande, definitivo. Hasta usted se convencerá cuando lo vea —agitó una fotocopia ante el micrófono.

—Mire, Dave... —la voz de Boyle sonaba cansada e impaciente—. El lunes tengo una reunión muy importante en Albany, y se supone que debo preparar una conferencia. Gracias a su acoso y a una epidemia de sarampión, aún no he pasado del primer párrafo. Sea lo que sea lo que tenga,

puede esperar hasta el lunes. Hoy no le puedo ver, y no hay más que hablar —se oyó un crujido en el altavoz.

—No puede oírle —le dijo a David, chinchosa, la enfermera—. Se ha desconectado —fue hasta la puerta y la mantuvo abierta—. El doctor le recibirá el martes —dijo, como si únicamente *ella* pudiese escuchar lo que Boyle decía por el aparato—. Si quiere usted dejar ese papel —sea lo que sea—, puede que el doctor le eche un vistazo durante el fin de semana.

David miraba hacia arriba, hacia la escalera enmoquetada, preguntándose en qué rincón de esa enorme y antigua mansión podría encontrarse Boyle. De manera ausente, le entregó la fotocopia a la enfermera.

Ésta lo estudió desdeñosamente:

—¿Y qué se supone que debería hacer con esto? Dudo mucho que piense adquirir un horno de madera. «*Señoras, cambien su viejo horno por un Thermo King*». No lo pillo.

—Ni falta que hace —dijo David, irritado—. Devuélvame-lo. Se lo voy a entregar yo en persona, y ahora mismo.

La enfermera abrió un poco más la puerta y sostuvo la fotocopia ante su pecho plano:

—Yo se lo llevaré. Pero dígame de qué se trata.

—Dígale que esto es la prueba de que el granjero no mentía. La Feria Mundial de Chicago fue en 1893, y en 1893 se podía conseguir un horno Thermo King por cincuenta y cuatro dólares. Lo cual demuestra este anuncio de un periódico de 1893. Y eso son tres dólares menos de cincuenta y siete, que es lo que dijo el granjero —le dio la espalda—. Oh, váyase al demonio. Ni me está escuchando.

—Se te escucha por toda la casa —se lamentó el doctor Boyle desde lo alto de la escalera.

—Boyle, tengo la prueba de que a ese viejo sí que le pasó realmente la vida por delante. ¡Viajó en el tiempo hasta 1893!

—Pues debería haber aprovechado la ocasión para cargarse a su abuelo, ya que estaba allí. Y ahora yo igual podría disfrutar de la paz necesaria para terminar mi ensayito.

—¿No puede concederme ni un minuto? —dijo David.

—Oh... De acuerdo. Le consideraré un paciente en situación crítica. Su estado mental deja mucho que desear, Dave. Necesita relajarse y descansar, como toda la gente que conozco, exceptuándome a mí. Vamos, suba.

—El doctor le recibirá —dijo la enfermera con brusquedad. Y le devolvió la fotocopia con paternalista deferencia.

—Puedo comunicarme muy bien sin la ayuda de un intérprete —dijo David con acidez, y luego subió los peldaños de dos en dos.

El doctor Boyle cerró la puerta del estudio y, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa, se dispuso a escuchar las novedades de David.

—Y este anuncio lo demuestra, ¿no? —estaba diciendo David—. El viejo volvió a cuando tenía siete años y oyó a su padre hablar del tren eléctrico de la Feria Mundial, para luego informarle de la marca y el precio del horno que pensaba comprar. ¡Todo encaja!

Boyle se abstuvo de alzar la cabeza:

—No sé cuál es la explicación, Dave, pero seguro que no es la suya. Puede que el tío tenga una memoria del copón. Vamos, sin duda. Puede que la experiencia por la que ha pasado le afectara al cerebro de alguna manera. A veces los hipnotizadores logran que la gente recuerde cosas como la marca del coche de su maestro de escuela. O algo parecido, tal vez. ¿Viajes por el tiempo? Hombre...

—Comprobé su memoria y no es nada del otro jueves —dijo David—. Le aseguro que llevo toda la semana dándole vueltas al asunto, desde todos los puntos de vista posibles. El viejo no sabía ni lo que le costó el horno que tiene ahora, y se equivocó con la marca —metió las manos en los bolsillos—. Deme una razón sólida contra los viajes en el tiempo. No hay ni una.

—La lógica, muchacho —dijo el doctor Boyle, paciente, mientras apretaba los dientes—. No tiene ningún sentido. Podrías volver atrás en el tiempo, cargarte a alguien y eliminar a no sé cuántos descendientes. Si te cepillas a Carlomagno, acabarás con la presencia del hombre blanco en la Tierra. ¿Por qué no dedicarse al tráfico de armas y venderles a los antiguos atenienses un par de ametralladoras para que puedan ganar la guerra del Peloponeso? ¿Por qué no ir hacia atrás e inventar la bombilla, el teléfono y el avión antes de que se les ocurrieran esas cosas a Edison, Bell y los hermanos Wright? ¡Pensemos en los royalties!

David asintió:

—Vale, vale... Esos razonamientos también me dieron qué pensar durante un tiempo. Pero luego me di cuenta de que los antiguos, si de verdad viajaron por el tiempo, no fueron a ningún sitio en el que no hubiesen estado ya. Si yo digo que un muerto puede regresar a cualquier instante de su propia vida, entonces esa lógica suya ya no le afecta. No creo que el hombre pueda cambiar nada de su existencia, como tan razonablemente apunta usted. Si viaja al pasado, sólo puede experimentar lo ya experimentado y hacer lo que ya hizo. Estoy convencido de que eso sí es posible.

—¿Y a quién le importa?

—A mí —dijo David como si fuese lo más normal—. Y a usted. Y a todo el mundo. Si eso es cierto, la vida es mucho más compasiva de lo que parece.

El doctor Boyle se levantó y, siguiendo el ejemplo de la enfermera, le abrió la puerta al visitante.

—Es una idea muy interesante, Dave, ideal para darle vueltas durante las largas noches de invierno. Usted se la cree y yo no. Ninguno de los dos tiene nada a lo que agarrarse. Y a mí no me queda tiempo para elucubrar, así que va a tener que disculparme, pero...

—Tiene que ayudarme a averiguar si hay alguna base — David se apartó de la puerta, se sentó con tozudez en un mullido sillón y encendió un pitillo.